

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Martes 26 de Febrero de 1907

Núm. 153

Asamblea Agrícola

Aun cuando en algunas regiones se concede a la agricultura importancia inusitada, hay que convenir en que por lo general importan bien poco las faenas agrícolas. Decir agricultor, tal concepto tenemos formado de ellos, es como decir aspirante a mendigo. No podemos comprender como, habiendo tantas industrias en que emplearse, se dedican a laborar las tierras. De ahí proviene la exagerada prevención con que los miramos y la indiferencia cruel con que presenciamos sus cuitas, la mayoría nacidas de las inclemencias del tiempo, de la carencia de medios de defensa y de la falta de obras hidráulicas.

La asamblea agrícola sevillana, atrayendo la atención de todos, encamina la mirada hacia las prácticas modernas, que duplican la producción por medio de sencillísimas operaciones. La noble campaña emprendida por el ex-ministro Sr. Gasset, despertando de nuevo energías dormidas, parece reavivar estímulos atareados, esperanzas muertas, ilusiones desvanecidas, influyendo otra vez entre los pueblos que luchan convulsionados por reintegrarse al concierto mundial de naciones libres. El soplo de potencia y fecundidad que nos conmueve, dicho sin rodeos, nos muestra que en agricultura estamos aún por europeo.

Los sevillanos, sin desalentarse nada por el dictamen técnico de los ingenieros ingleses que estudiaron el Guadalquivir y que dictaminaron en contra del sistema de riegos proyectado, han congregado ahora una asamblea, de la cual saldrá indudablemente el propósito de seguir sin cansancio la empresa comenzada, llegando hasta su realización sin contar con el gobierno. Lo mejor para estas cosas es no desalentarse por nada y los sevillanos no pierden el tiempo en tales minucias. Un día y otro día trabajan por lo mismo, y tarde o temprano llegarán a conseguir cuanto se proponen.

Teniendo en cuenta que la publicidad es lo mejor en estas materias, la asamblea ésta tiene la resonancia debida. Primero por los periódicos y luego por la calidad de los personajes que concurren, la curiosidad general hace que se escuchen razones convincentes, datos precisos y antecedentes de una elocuencia abrumadora, que obligan a pensar un poco en lo que se dice y otro poco en lo que puede hacerse. De esta manera acontece que el afán de curiosidad ayuda en la noble campaña emprendida, haciendo que la atención se reparta equitativamente entre las personas y sus palabras. Por lo menos, así se consigue por breve espacio que un número mayor o menor de individuos vea ante sus ojos un cuadro desconsolador y comprenda lo que podría hacerse con un poco de altruismo.

La asamblea agrícola sevillana, atendiendo a semejantes causas, no puede menos de ser importante, de tener algún resultado práctico.

Pequeñas ideas

Higiene municipal

Las cosas pequeñas producen las grandes admiraciones. Si yo me sintiese filósofo, razonaría extensamente esta afirmación, sacando como consecuencia un dicho de Platon, del cual no quiero acordarme. Pero por fortuna no sucede así y mal que me pesa he de resignarme con mi buena suerte: no en vano un maestro sapientísimo, que no tuvo más defecto que el de creer que yo creía sus razones, me aseguró que lo bueno y lo grande lo admitimos con disgusto. En la vida ya se sabe: aunque venga con guantes blancos la higiene, si el lavado de aquello nos lleva parte del sudor, nos parece, y resulta y es pésimo la limpieza.

Me admiración por todo lo bueno es franca, es leal, es desinteresada. No siento animadversión contra nadie, ni aún contra los guardias que dedican su actividad y energías a envenenar a los perros vagabundos. Tal vez por eso, o quién sabe si a pesar de eso, todo lo que propende a dignificar y levantar el cuerpo, me parece de perlas. Una medida feliz, me enorgullece; un pensamiento realizable, me encanta; una idea llevada a la práctica, me maravilla. Así me ocurre que ahora, admirado de la iniciativa, no encuentro palabras bastantes explícitas para mostrar mi júbilo, emocionado con la asombrosa nueva.

Los guantes blancos, elegantemente adaptados a las manos de los guardias municipales, me han sobrecogido de entusiasmo; sobre todo cuando mira a éstos en la plaza de Abastos, con un flexible junquillo en las manos, empleados en las ingratas faenas de espantar a los entrometidos asnos que se salen del sitio que se les tiene asignado, mi entusiasmo no reconoce límites y prorrumpe en razones parecidas a aquellas de «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que los guardias municipales no tenían que usar guantes blancos y en que, por lo mismo, no tenían que lavarlos diariamente, ahorrándose cinco o diez céntimos diarios...»

Ya se iba sintiendo la necesidad de modernizar a los modestos empleados del Municipio y el comienzo no puede ser más brillante. El irónico desdén de algunos censores no debe importar nada al alcalde, porque qué caso se va a hacer de cuantos dicen que con guantes no saben los guardias qué hacer de las manos, teniéndoselas que esconder en los bolsillos para no parecer espantapájaros? Todas las grandes cosas tienen sus críticos; puede decirse que la censura poemiza los acontecimientos laudables, de conveniencia mundial, y en ese sentido no podía escaparse de tamaño complemento la iniciativa feliz de enguantar a los agentes municipales, corriendo de su cuenta el lavado de guantes...

HECTOR SERVADAC

Información especial

Música y conciertos

El cuarteto Francés (sepa el que lo ignore que este es el apellido del director) después de la otra serie dirigida por el célebre pianista Manuel Falla en unión del maestro Bretón y en la que se ejecutó música desde la antigua de Sebastián Bach, hasta la modernísima y revolucionaria de Debussy, continúa su tarea artística en Madrid.

Todo esto no tiene gran cosa de particular si prescindimos de la circunstancia de primeramente de que en Madrid no hay una sola, ni una sala de conciertos como las hay en París, en Londres, en Viena, en todas las grandes capitales del mundo y fuera de España, hasta en sus localidades menos importantes.

Ni las capitales de nuestras provincias tienen que envidiar a la corte en este punto, ni la corte a las ciudades provincianas; no hay salas ni salones de conciertos en España, a excepción de un local de Barcelona, destinado a sesiones musicales de importancia secundaria, no es un salón como los que en el extranjero poseen ciudades menos importantes que la primera de Cataluña.

Y todo el que sea fervoroso amante de la cultura debiera desear que, no ya en las capitales, hasta en los pueblos hubiese un teatro y una sala de conciertos con su órgano correspondiente.

Así como la religión necesita del templo, y cuando este existe el ejercicio de la religión y hasta las creencias adquieren rentaja, lo mismo el arte, allí donde tiene templos, extiende su esfera de acción; parece que la construcción arquitectónica mueve a las gentes hacia el objeto para que fue edificada.

Peró, el erigir teatros y salas de conciertos, se dirá, es costoso para las localidades pequeñas. Cierto, si pretendiéramos erigirlos suntuosos y magníficos; igualmente cierto cuando al teatro sobre todo, si lo queremos tan completo, aunque no grande como los de la corte.

Hoy, los adelantados modernos han facilitado mucho la erección de lugares para espectáculos. En una localidad relativamente pequeña, de 500 a 1.000 almas, «verbi gratia», no sería difícil hoy construir un local dispuesto de manera que pudiese servir para teatro y para salón de conciertos y aún para otras reuniones, un templo del arte modesto pero útil a su civilizador objeto.

En el extranjero se ha inventado el medio de hacer decoraciones muy baratas, muy bonitas y de preparar elementos escénicos sin gastar mucho. Pero otra invención que ya está bien adelantada, facilitará mucho las representaciones teatrales, pues podrán celebrarse sin compañía, sin decorado, sin atrezzo, mueble, vestuario, orquesta y demás elementos, bastando un telón blanco, un aparato cinematográfico y a la vez fonógrafo ambos

perfeccionados y exactamente combinados, y las pocas personas hábiles para manejarlos. Un piano podría ser el complemento de tan sencillo conjunto artístico.

Supongamos que no hay en ese pueblo una orquesta, ni una banda, o si existen no se hallan en estado de ejecutar obras de los grandes maestros. Un «orchestrion», de salón, fino y armonioso, no de esos que figuran a la puerta de los barracones de feria, y un repertorio de piezas que progresivamente irían aumentando bajo la dirección de una persona inteligente, podrían dar a conocer ante el público de la localidad las obras maestras del arte en alle nativa con otras de menor altura e ir así educando el gusto musical, a la vez que sirviendo para honesto y culto recreo de los habitantes que ya lo tuviesen formado, caso de haberlos.

El mismo instrumento donde se dispusieran conciertos semejantes, podría servir en el mismo local, teatro y sala de audiciones musicales, para bailes de sociedad, veladas y otros actos que hoy se celebran con todas las condiciones debidas en los casinos, cuando los hay, o no se celebran que es lo más frecuente.

He aquí la idea que nos ha sugerido el amor al arte con motivo de la falta de locales en Madrid para esos conciertos que ahora se dan en teatros porque no se dispone de mejores templos de la musa Euterpe. Y allí va la idea, es probable que al viento, pero plantas semillas se llevó él, y acabó por arrojárselas en terreno fecundo!

ARTE ANTIGUO

PREFACIO

Nada tan interesante como saber de nuestros antepasados su vida y sus obras, hoy que nuevos derroteros, escuelas y tendencias nos guían a pasos agigantados por el sendero del arte.

Nada he de decir que vosotros no sepáis, amados lectores, pero alguno habrá que lo ignore (yo ignoraba antes de saber) y como yo ¡cuántos! y en esta serie de artículos haré historia de los monumentos, de los estilos, dando interesantes detalles de la época.

No es mi deseo sentar plaza de dómine a la manera de ciertos sabios. No haré alarde de erudición ni tampoco trataré los asuntos de estas conferencias-artículos, con esa majestad y esa rectitud del maestro que todo lo sabe. Escogeré a la manera de los sinceros y los lectores lo observarán si siguen «ad finem».

Todos los temas, serán desarrollados con naturalidad suma, sin nada de afectaciones ni preocupaciones filosóficas. Las impresiones que esto son y no otra cosa estos artículos, han de ser escritas en el lenguaje vulgar, citando únicamente algunos tecnicismos que propios al caso sean y que convenientes sean también para los fines que me propongo.

Hechos estaban estos trabajos para leerlos ante determinado número de niños, con el sólo objeto de despertar en ellos las ideas santas del arte, el concepto puro de la belleza y un juicio relativo de la bondad, porque indudablemente el arte es el vehículo más rápido que nos conduce a la mansión sagrada de los dioses.

El arte es la salvación de las almas. Ninguno habrá de los que artistas sean, que ignore que es verdad, que es belleza, que es divinidad. Las demás artes, la Ciencia, viven en perpetuo alejamiento de los seres, de las cosas, de Dios mismo, y es porque toma parte la vida y toma parte también la naturaleza toda.

La ciencia opera lentamente sobre la tierra; para hacer minas y descubrir tesoros, en el aire para conducir la voz humana por hilos metálicos o por reflectores eléctricos, por las ondas sonoras.

La ciencia construye un tren, un barco, un funil, y todo es destructor. ¡Si la pólvora no se hubiera inventado, hubieran desaparecido las guerras, los odios...! Pero todo lo contrario sucede en el arte.

La ciencia desarrolla, construye; el arte crea, purifica.

El arte ha construido iglesias monumentales. Al arte debemos la Catedral de Burgos, la de Murcia. Al arte debemos el Juicio final de la capilla Sixtina, el Moisés de Miguel Ángel, el Cristo y la Dolorosa de Salluzzo; el Niño Jesús de Zurbarán. Al arte

debemos las mayores idealidades, los mayores consuelos, las más importantes salvaciones del alma. ¡Bendito seas! hay que exclamar lleno de amor el pecho, de juventud y sangre roja las venas, y de pensamientos felices y puros el cerebro.

Con él se educa la voluntad, con él se consigue el verdadero concepto del bien, y el arte es el último peldaño de la escala social, que a Dios nos conduce.

En honor a la religión y a nuestros padres, hemos de creer en el arte.

DIONISIO SIERRA.

El próximo artículo estará inspirado en el Arte Egipcio.

De aquí y de allá

El Canadá ocupa el último puesto en la estadística de consumo de alcohol. Sin embargo figura después de Francia desde el punto de vista de la tuberculosis.

El descubrimiento ha causado sensación entre los higienistas, que andan más corridos que una mona. Sin embargo, no tardarán en encontrar la explicación.

El ejemplo del Canadá no debe incitarnos, empero, a empujar el culo, creyendo que no hay peligro en hacerlo.

Sabido es que las perlas se mueren cuando no se llevan. En una novela de Kipling hay un personaje que es sencillamente un médico de perlas.

En un periódico de París leímos que el collar de madame Thiers, que se encuentra en el Museo de Louvre, está amenazado de muerte: sus perlas van perdiendo paulatinamente su brillantez.

Antes de que esto ocurra en absoluto se ha propuesto la venta de ese collar y el destino de sus productos a la adquisición de obras de arte.

Conocida es la variedad de aptitudes del emperador de Alemania. Pero todavía tiene algunas ocultas.

Sabe guisar como un cocinero de primera y comer como un gourmet. Juega al ajedrez, pinta al óleo y a la acuarela, hace fotografías y dibuja caricaturas.

Tiene conocimientos profundos en mecánica y en electricidad.

Escribe operas y sabe dirigir orquestas. Canta, baila y toca el piano, la mandolina, el violón y la guitarra.

Sabe dirigir un yate, montar un caballo y hacer maniobrar a los barcos de guerra con tanta maestría como a su regimiento.

Tiene 104 títulos y es almirante de las tres armadas mayores del mundo.

Cambia de uniforme o de trajes diez o doce veces al día y su ropa está tasada en 350.000 pesetas.

Trabaja desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde, de cuyas horas sólo quita dos para las comidas.

Aunque no tiene más que el uso de un brazo, cuando va de caza, tira durante cuatro horas seguidas a razón de dos disparos por minuto.

En el espacio de 25 años ha cobrado 23.500 piezas.

¡Ni los hermanos Quintero!

Y cuidado que éstos casi estrenan una cada día.

Víctimas del trabajo

No se trata de ningún accidente en el que un releador haya caído a la calle y se haya estrellado, ni del minero que sucumbió por la explosión del grisú, ni mucho menos del conductor del tranvía, del chauffeur, ni de ningún otro ser racional de los que sucumben, no víctimas del trabajo, sino víctimas de las circunstancias de la vida, pues es más lógico que estalle una granada en un parque de artillería que en un convento de Ursulinas, donde no hay parque, ni obuses. Se trata de las abejas, insecto simbólico del trabajo, infatigables obreras mientras el sol alumbra, incansables y constantes en el trabajo mientras tengan fuerzas para sostenerse.

Esta última primavera, colocaron un arco voltaico cerca de una colmena. Después de todo un día de trabajo visitando flores y plantas, y poco después de atardecer, el foco luminoso alumbró los alrededores de la república, y los insectos, creyendo que había llegado el nuevo día, se lanzaron al trabajo con el ardor que le caracteriza, y trabajaron como negros, como negros que trabajan mucho, que los hay que son fieras para la holganza.

A la media hora de extinguir la luz eléctrica, apareció rad ante Febo, y los pobres seres, rendidos de fatiga, sin casi fuerza para batir las alas, asombrados, lo supusieron, de noche tan corta, tornaron a sus faenas, antes que abochonarse, pasando por perezosos, y soportar que sus compañeros los vieran en el ocio, cuando el sol atrabala los prados colindantes.

Pasó el día, llegó el crepúsculo y después de treinta y seis horas de trabajo casi continuo, volvió la electricidad a iluminar los contornos, y las abejas, arrastradas por la luz artificial que ellas creaban luz del sol, se lanzaron de nuevo a sus quehaceres, rendidas, agotadas sus fuerzas, pero no sin voluntad. Así siguieron, entrando en la colmena al ocaso, para salir a los pocos minutos, regresando momentos antes del alba y tornándose de nuevo con la aurora día tras día, diezmando de república, muriendo entre los pétalos de flores, cayendo destalladas al pie de los tallos de las plantas olorosas.

A los del sexto día no quedaba del engrambre un solo individuo. Víctimas del trabajo, obreras incansables, llevaron tras ellas la de su reina, la de sus larvas, la de la comunidad entera.

CUENTO

EL TAMBOR

En aquel tiempo, iba yo casi todas las tardes a un café concierto de Batignolles, esta pequeña ciudad situada al Noroeste de París. ¿Quién no se ha deleitado a veces, tomando un baño de fuerte estupidez? «Ora el enigma!» Es un placer del orgullo; un goce canálesco, un deseo perverso que llevamos dentro de nosotros después de la caída original. Sin contar con que a la larga se convierte uno en un imbécil, sin posible redención.

Y además, ¿para qué engañarme?—yo iba también para ver la belleza de algunas mujeres. Había allí pobres vendedoras de amor, escoltadas por sujetos sospechosos, pero la mayoría del público se componía de modestos burgueses y modestos comerciantes que iban con sus mujeres y sus hijas a divertirse honestamente. Y aquí y allá resaltaba, entre el fondo oscuro de los sombreros, la blanca capelina de una portera. He visto más de una vez, á campesinos que se admiraban, y á buenas mujeres que se enternecían oyendo los cantares. Creó que existía idéntico candor en el movimiento de la cantadora, en su couplet patriótico, en la debutante que ensayaba gestos picarescos y la risa ó la emoción estúpida del público. Ingenuidad é inconsciencia en el tablado, y fuera de él, espectáculo refrigerante para las almas fatigadas.

A mi me divertían igualmente las artistas y el público. Había notado principalmente, entre los espectadores más asiduos, á un muchacho pálido con pretensiones cráspulas. Debía ser ayuda de cámara en alguna gran casa. Aquel individuo fumaba cigarras enormes, apenas sonreía las canciones cómicas, y aplaudía con el extremo de sus dedos enguantados los cantares sentimentales.

Yo quería ver á los artistas de cera, para librarme de las ilusiones producidas por la distancia. Me colocaba en primera fila por amor á la verdad; y detrás de las colgaduras, por desco de ocultarme.

Tenía ante mí, detrás de la balaustrada, al músico encargado del tambor. Era un viejecito calvo, con gafas, parecía un hombre de Iglesia.

